♦♦♦



Canto al amor

Nadia Contreras

Uno

Hay hombres de ojos claros,
hombre
que aquietan tormentas, pájaros en revolución;

hombres
con labios de sol y mar.

Brindo por ellos y por ti, amor, brindo.
Por tus encantos,
por tus ilusiones de media tarde,
por tus sueños de niño soñador,
Brindo.

Brindo por tus manos,
por tu espalda,
por tu vientre donde reclino la cabeza;

por encontrar contigo
el camino hacia el amanecer.

Dos

Llega el deseo,
incendia campos, raíces,
sueños olvidados.

Colma la habitación de los días.

Y tú, amor,
eres la memoria
de los que se fueron y vendrán.

Tres

Sé de tu amor
y del amor
de otros hombres.

Y quiero así vivir,
amante de todos: del carnicero,
del herrero, del maestro, del doctor,
del borracho, de todos
y de ti.

♦♦♦

Y no me importa que se entere el mundo
y que de mí hablen
porque así quiero vivir. Sí,
vivir.

Cuarto

Sólo un deseo quiero en la vida,
un deseo:
que este amor salte por la borda,
que se ahogue
y que se muera. Sí que se me muera.

Cinco

Ruedan las horas
breves
invisibles
se marchitan
se consumen
amargas
como este llanto que me ahoga.

Todo es inútil:
volver los ojos
y
reconocerme
como la vez primera.

Cuánto amor me satura el alma
cuánto odio
cuánto deseo de venganza.

Y la vida
es tan efímera
como el amor, que tú y yo,
nos tuvimos. ♦



Historia de dos

Ivonne Recinos

Tú eras el mar,
en mí se ahogaban los sueños.

1
Arrinconados estábamos
en el paso del tiempo,
sorprendidos por un amanecer incurable
y la necesidad de crecer rayándonos la
espalda.

Viajero de una vida extraña.
¿Quién era yo?
Extranjera en tu viaje.
¿Quién eras?

2
Extendidos, esperábamos el alba;
recuerdo que me veías
con una mirada extraña.
Nunca supe si me mirabas.
Yo lo deseaba.

Eras el Sol
que atraviesa las palmeras.
Yo era la sombra
que oculta la arena.

3
Juntos íbamos, camino largo, camino largo,
del brazo del amor, ese gran desconocido.
Los dos queriendo.

Tú tejías y
adornabas la vereda.
Yo corría un ancho lienzo
que tapaba la luna.

4
Nunca pude desenterrar las caracolas
que dejabas, quizá para mí, en la playa.
Caminé ciega, sorda y muda;
decías: ensimismada, creyéndome reina.